**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: Una Vida sin Preocupaciones**

***9. El temor al invierno venidero***

**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: Una Vida sin Preocupaciones**

***9. El temor al invierno venidero***

*No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino.* Lucas 12:32

**Introducción**

La acumulación de riquezas es una defensa popular ante el miedo. Puesto que tememos perder nuestros trabajos, el seguro de salud o los beneficios de la jubilación, amasamos posesiones, pensando que cuanto más tengamos, tanto más seguros estaremos.

**La torre de Babel**

La misma inseguridad motivó a los constructores de la torre de Babel. La nación que se había esparcido después del diluvio en tiempos de Noé, decidió unirse con un propósito común para enfrentar un futuro incierto. «Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre, por si fuéramos esparcidos sobre la faz de la tierra» (Génesis 11:4).

¿Detectas el temor en esas palabras? La gente tenía miedo de ser esparcida y separada. Y sin embargo, en vez de volverse a Dios, se volvieron a las cosas que tenían. Acumularon y apilaron recursos. Coleccionaron y construyeron. Las noticias de sus esfuerzos llegarían a los cielos y mantendrían alejados a sus enemigos. El lema de la ciudad de Babel era: «Cuantas más cosas juntes, tanto más seguro estarás». Así que juntaron cosas. Hicieron pilas de piedras, cemento y ladrillos. Acumularon carteras de bienes raíces, acciones, cuentas de ahorro, fondos de pensión, posesiones y propiedades. Su torre de cosas se hizo muy alta y se sintieron a salvo.

Pero no lo estaban. Dios confundió el idioma de ellos. La ciudad que tenía una sola lengua se convirtió en la *glosolalia* de las Naciones Unidas, menos los intérpretes. ¿No usa Dios una estrategia idéntica hoy en día? Confiamos en los fondos de retiro, ahorros y pensiones al punto que los balances en los estados de cuenta determinan el nivel de cómo nos sentimos. Pero entonces llegan las recesiones y las bajas en la bolsa, y la confusión comienza de nuevo.

**Un hombre rico**

«[Jesús] también les refirió una parábola, diciendo: La heredad de un hombre rico había producido mucho. Y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde guardar mis frutos?

Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate.

Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será?» (Lucas 12:16-21).

El parecía un hombre decente, ese granjero rico. Lo suficientemente inteligente como para tener ganancias, y disfrutar de sus beneficios. Por lo que sabemos hizo su fortuna honradamente. No se hace mención a que hubo explotación o malversación de fondos. Él usó el talento que Dios le había dado y tuvo éxito.

Este granjero, ¿no representa el modelo de planear con responsabilidad? Y, sin embargo, Jesús le llama necio. ¿En qué fue lo que se equivocó este sujeto? Lee de nuevo esta parte de la parábola fijándote en el corazón del que hizo la inversión:

“Y dijo: Esto *haré: derribaré* mis graneros, y los *edificaré* mayores, y allí *guardaré* todos mis frutos y mis bienes; y *diré* a mi alma: Alma, muchos benes tienes guardados para muchos años; *repósate, come. Bebe, regocíjate.*” (Lucas 12:18-19).

Y eso fue lo que hizo. Guardó, con éxito, suficientes cosas como para comer. Beber y regocijarse. Así que se mudó a la parte más importante de la ciudad, compró una casa de cinco dormitorios y con varios niveles en el mejor lugar del club de golf. Desempacó los camiones que lo mudaron, estableció cuentas bancarias, y se zambulló en la piscina de su patio. Qué lástima que se olvidó de llenarla primero de agua. Se golpeó la cabeza en el fondo de concreto y despertó en la presencia de Dios, que no estaba en lo más mínimo impresionado con su cartera de acciones. «Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será?» (Lucas 12:20).

**El Señor es nuestro pastor**

Si no existiera Dios, guardar posesiones sería la única respuesta apropiada para un futuro incierto. Pero Dios existe, y este Dios no quiere que sus hijos confíen en el dinero. El respondió a la insensatez del hombre rico diciendo «No temáis» y «No os afanéis». «Vosotros, pues, no os preocupéis por lo que habéis de comer, ni por lo que habéis de beber, ni estéis en ansiosa inquietud» (Lucas 12:22, 29).

No sigas los pasos del rico insensato que tenía mucho dinero, pero poco sentido en las cosas espirituales. Al contrario, «No temáis, *manada pequeña,* porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino» (Lucas 12:32). Esta es la única ocasión en que Jesús nos llama «manada pequeña». Al igual que las ovejas, nosotros tampoco somos los más inteligentes entre los animales. Pero tenemos en Jesús un pastor que nos cuida. Como un buen pastor, no nos dejará que estemos sin ropa o sin comida. «No he visto justo desamparado, ni su descendencia que mendigue pan» (Salmos 37:25). ¡Qué recordatorio tan oportuno! Cuando las casas son rematadas, o cuando las jubilaciones se esfuman, necesitamos un pastor. Y en Cristo lo tenemos. Porque a Él «le ha placido daros el reino» (Lucas 12:32).

El Salmo 104 celebra esta creación abundante con veintitrés versículos de bendiciones detalladas: los cielos y la tierra, las aguas y los arroyos, las aves y los asnos monteses, y el vino y el aceite y el pan, y la gente y los leones. Dios es la fuente del «grande y anchuroso mar … Todos esperan en ti, para que les des su comida a su tiempo» (Salmos 104: 25, 27).

Y Dios lo hace. Dios es el gran proveedor. La fuente de toda bendición. Completamente generoso. Podemos depender de Él absolutamente. El mensaje que resuena y se repite en las Escrituras es claro: Dios es el dueño de todo. Dios comparte todo. ¡Confía en Él y no en las cosas! Pasa del temor a la escasez a la comodidad de la provisión. Junta menos cosas y comparte más. «Hagan bien… sean ricos en buenas obras, dadivosos, generosos.» (1 Timoteo 6:18).